

1

Discurso Programático (1990-1995) del Rector Juan de Dios Vial Correa y despedida del Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la PUCCH., Cardenal Juan Francisco Fresno Larraín, con motivo del alejamiento de su cargo. Salón de Honor, abril 20 de 1990.

-

Hace unas pocas semanas vimos en la Dirección de la Universidad que era indispensable que el Rector se reuniera con personas representativas de la comunidad universitaria, para exponer ante ustedes aquellas líneas de pensamiento y de acción que parecen fundamentales al comienzo de este segundo período de rectorado.

El Cardenal Juan Francisco Fresno

Pocos podíamos pensar que esta exposición iba a hacerse en la misma ocasión en que tenemos que despedir a nuestro querido Gran Canciller, el Cardenal Juan Francisco Fresno.

Tal vez habría sido mejor tratar de separar ambos actos, pero el apremio del tiempo no lo permitió. Sin embargo, como ocurre a menudo con esas cosas que nos son impuestas por las circunstancias, esta coincidencia parece ser providencial, al permitirnos despedir al Cardenal, precisamente hablando del futuro de esta Universidad a la que él tanto quiere, a la cual le ha dado muestras tan señaladas de confianza y que tiene hacia él una deuda imborrable de gratitud. Porque él ha hecho suyas nuestras alegrías y esperanzas, nuestros sufrimientos y angustias, y sabemos que aunque se aleje del gobierno pastoral de la Arquidiócesis, esta Universidad tendrá siempre un sitio en su corazón.

Yo no quisiera herir su modestia, pero creo que todos sentimos que en su acción hacia esta casa ha brillado ese mismo estilo pastoral de la más pura raíz evangélica con que ha edificado a los fieles de Santiago, y ha puesto en sus corazones el deseo de ser más integralmente fieles en el seguimiento de Jesús. Ha acogido con benevolencia, con ejemplar paciencia y mansedumbre, nuestros problemas; los ha comprendido, pero nos ha enseñado a ponerlos en la perspectiva del servicio del único Señor.

Es como parte de un signo especial de la benevolencia divina hacia el mundo de hoy, el que hayamos podido ver incluso en el éxito temporal de su misión, la misma lección que deja el magisterio de Juan Pablo II: de que el Evangelio es vivible y eficaz, que el poder de los hijos de Dios pertenece a los que construyen la paz, que la tierra está prometida a los mansos. Y tiene que ser un consuelo para él, pensar que ha hecho presente y operante el reinado de Dios, y que se le ha dado ver algo así como una prenda temporal del cumplimiento definitivo de la oración que puso en su lema episcopal: "Adveniat regnum tuum".

Marzo 90

2

En nombre de la Universidad, le agradezco su testimonio, su afecto, su solicitud. Y le doy gracias a Dios por su ministerio entre nosotros.

Está ya avanzado el estudio del proyecto, iniciado por él, de la construcción de un Santuario en San Joaquín, para lo cual hay personas generosas que han venido a corresponder a su celo pastoral.

Hemos querido que él se lleve un testimonio material modesto de nuestro afecto, en forma de un escritorio, para su residencia -que es demasiado voluminoso para entregárselo aquí- pero que esperamos le recordará nuestro afecto, y le impulsará de vez en cuando a escribirnos.....

Eminencia, señoras y señores :

Nosotros, los hombres y mujeres de esta Universidad Católica, tomamos conciencia hoy día ante Dios del sagrado encargo que tenemos.

Estamos viviendo un momento privilegiado en la historia de Chile. No tanto porque sea el fin de un período, sino porque marca el comienzo de una nueva etapa. Luego de largos esfuerzos y trabajos vuelve el país a la plena democracia, y se reencuentra con una tradición más que centenaria. Sin embargo, sería funesto pensar que se trata sólo de reeditar tiempos idos. Creo que todos sentimos que estamos llamados a un nuevo proyecto de vida colectiva y que no nos corresponde reproducir un pasado, sino construir un futuro que sea digno del hombre.

No podemos contentarnos con ser espectadores. Los cambios interpelan a la Universidad. Cinco años atrás, cuando la Iglesia me llamó al ejercicio del cargo de rector, tomé el compromiso de hacer lo humanamente posible para preservar y fortalecer la identidad católica de esta Universidad. Hoy día en que la Iglesia me ha hecho el honor de renovar aquel llamado, reitero esa determinación. Pero es esa misma identidad católica la que nos exige intentar una respuesta ante la historia, y tengo, como rector, la obligación de decirles cómo veo la tarea de la Universidad en estos tiempos de interpelación.

Es en esta perspectiva de advenimiento de cosas nuevas, en la que hemos de considerar todo el conjunto de la tarea que encaramos para los próximos años. Tenemos que ser sobrios y valientes para mirar cuál es el aporte posible de una universidad en democracia. Si creemos que la libertad es el más señalado de los bienes, tenemos que preguntarnos qué es lo que puede hacer la Universidad para promoverla y afianzarla.

Ante todo, tenemos que identificar el terreno, el lugar en el que la Universidad se encuentra con la interpelación de la historia. A continuación, quisiera mirar con

Marzo 90

ustedes nuestras metas para los próximos años. Y, finalmente, abordar claramente algunas condiciones que hay que cumplir para alcanzar esas metas.

El terreno de la acción universitaria o la razón de ser de una Universidad Católica

Lo específico de nuestra Universidad Católica no se da en actividades religiosas colectivas, ni tampoco en las acciones sociales que son exigidas o pedidas por nuestra fe. Tampoco en el estilo de convivencia cristiana. Muchísimo menos, por supuesto, en acciones instrumentales como la política, y ni siquiera- me atrevería a decir - en lo típicamente académico. Muchas de esas cosas son buenas, y algunas son necesarias. Pero no son la nota distintiva de una Universidad Católica.

La Universidad es una institución, un ente público, social, que está ordenado al conocimiento, y el conocimiento está ordenado a la verdad. La sola existencia de la universidad como institución , da testimonio de que nuestra sociedad necesita de la verdad. El hombre no está sumergido en un ambiente, sino que, por el contrario, en las palabras de Juan Pablo II, "el hombre *desde el comienzo*, se distingue a sí mismo de todo el cosmos visible, particularmente del mundo de los seres que son en alguna medida más cercanos a él. Todos ellos son para él un objeto. Sólo él se mantiene como un sujeto en medio de ellos...el hombre simplemente es conciente de ser un sujeto personal..." Y esta realidad, simbolizada en aquellos pasajes del libro del Génesis, en los que Dios hace pasar ante Adán a las criaturas para que les ponga a cada cual su nombre, es lo que le establece una verdadera vocación: la de la "consolidación del puesto del hombre en el cosmos como "sujeto", porque "el proceso cognoscitivo...decide de la historia humana...".

Es allí donde radica el terreno propio de las universidades, de "esos ambientes, esas comunidades en las que el servicio al conocimiento - es decir el servicio a la verdad - deviene fundamento de la formación del hombre..." Y, continúa el Papa, recordando la palabra de Jesús: " Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Lo que nos recuerda formalmente que no hay libertad humana, si no es sobre el fundamento de la verdad. Y en el servicio de la verdad se halla la contribución insustituible que la Universidad puede aportar al desarrollo de la libertad .

Ese proceso por el cual los hombres y mujeres se establecen como sujetos frente a un mundo cuyos objetos caracterizan y definen, es lo que se llama la cultura. Es constitutivamente una acción colectiva, social, tal como es colectivo, social, el lenguaje. El hombre en sociedad busca definir, representar, determinar, lo que es propiamente humano, lo que lo distingue como tal. Y en la cultura a la cual pertenecemos, esa acción social se manifiesta en una pregunta sistemática por el ser de las cosas, el que se expresa y despliega en la verdad. En esa actividad social surgen las preguntas por la relación con los otros hombres, el sentido de la naturaleza, la relación con Dios. Y son esas preguntas las que constituyen el

4

terreno explícito de la acción universitaria. Y es en virtud de esa condición que la Universidad es una institución educadora.

Es pues allí, en ese terreno suyo propio, que es el de la cultura, donde nuestra Universidad está hoy interpelada por la historia. A esta institución ordenada a la verdad, la libertad la interpela, precisamente porque sabemos que es la verdad la que nos hace libres.

Esto trasciende a la academia, a la instrucción, a la administración, a nuestros problemas económicos u organizacionales. Los trasciende, y, por eso mismo, ilumina las metas generales que nos debemos proponer en nuestro trabajo universitario, para hacernos cargo del requerimiento histórico que golpea a nuestras puertas, ya que es a través de estas actividades que puede concretarse nuestra respuesta cultural.

Metas generales

Las metas que hemos de alcanzar, se encuentran en nuestra actividad académica, de investigación, docencia y extensión y servicios.

Investigación

La tarea de las ciencias es buscar y hallar la verdad, una verdad que esté rigurosamente justificada, pero que sea también relevante e importante para la vida de los hombres en sociedad. Y, entonces, nuestra actividad científica está interpelada. La hemos desarrollado hasta el punto de que hay numerosas disciplinas que han alcanzado entre nosotros un grado de madurez que hace algunos años no nos habríamos atrevido a imaginar. Nos hemos dado una organización institucional, agrupada en facultades, según el principio de especificidad disciplinaria; y esa forma de trabajar ofrece numerosas ventajas. Pero ahora estamos llamados a un gran esfuerzo de conexión de las diversas disciplinas. Los grandes problemas que afrontan las ciencias no se dejan reducir a disciplinas, brotan de la misma realidad, dentro de un universo cultural, son por su propia naturaleza interdisciplinarios o transdisciplinarios y nuestra historia de desarrollo disciplinar nos ha preparado para afrontarlos, porque sin disciplinas sólidas la interdisciplinariedad es una charla vacía, y la respuesta que pueda ofrecerle a las interpelaciones de la hora no es más que una ilusión.

Les ruego que tengan paciencia para escuchar una enumeración de grandes problemas científicos, enumeración ciertamente incompleta y desordenada, pero que no tiene otro mérito que el de exponer inquietudes e iniciativas que existen hoy en la universidad, que existen a veces como en embrión y que marcan a mi juicio como un atisbo de la ciencia que deberíamos intentar.

Marzo 90

- El tema del medio ambiente: Estoy convencido de que éste no es sólo una actividad interdisciplinaria más, sino que responde a una manera nueva y distinta de enfocar la relación del hombre con su entorno. No podemos seguir pensando al ser humano como el que modifica, cambia o transforma la realidad que lo circunda, sino más bien como el que es responsable, precisamente por medio de su ciencia y de su técnica, de mantener y promover un ambiente que sea digno de su condición de "imagen y semejanza" del Creador. Ustedes saben que esto se entrelaza con el tema del desarrollo: y del desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres.

- Otro ejemplo: Tal vez como expresión de la misma convicción de que el hombre es responsable del mundo en el que habita, en una medida que nunca imaginó antes, aunque no fuera sino por el hecho de que el mundo está siendo cada vez más una obra suya, es que vemos cómo emerge espontáneamente un interés por los problemas de ética, ya se trate de: bioética, de ética social, ética de la profesión o del trabajo, o de las relaciones humanas.

- Otro caso: En la Universidad hay múltiples iniciativas surgidas en diversas unidades que tocan el tema candente de la pobreza, sobre el cual nos llama reiteradamente la atención, no sólo el impacto de la realidad, sino la voz insistente del magisterio de la Iglesia. Son muchas las iniciativas que actualmente se desarrollan en la Universidad y que tocan este tema, y que se beneficiarían inmensamente de un contacto recíproco. Ellas van desde estudios en terreno en las escuelas especializadas, asistencia legal, atención médica primaria, atención psicológica, autocuidado en la salud, vivienda social, pesca artesanal y su interacción con los recursos marinos, estudios económicos sobre indicadores de pobreza, etc.

- La teoría y la práctica de la institucionalidad democrática son un desafío lanzado a todo el país, el que debe ser recogido con mayor intensidad aun que hasta ahora por nuestro trabajo académico.

- Luego mencionemos el riquísimo desarrollo de la doctrina social de la Iglesia. Creo que una dimensión particularmente atrayente ha aparecido en el magisterio de Juan Pablo II. El ha insistido sobre aspectos antropológicos que no dejan fuera ninguna actividad ni profesión. La antropología cristiana del trabajo, el sentido del desarrollo, de la cultura, la renovación de temas trascendentales, como el de la condición de la mujer, han sido explorados de forma audaz y creativa, enraizada en la tradición de la Iglesia y sostenida por la fuerza de su magisterio.

- En relación con esto, ¿cómo ignorar el requerimiento social que se plantea para clarificar el tema fundamental, pero lleno de dificultades teóricas y prácticas, de los derechos humanos, partiendo por el derecho a la vida y la libertad de conciencia?

6

- En un plano distinto, el mundo entero asiste a una revisión profunda del sentido de las ciencias, de sus relaciones recíprocas y, por lo tanto, de sus relaciones con la verdad revelada. Cada época de la historia de la cultura asiste al auge de nuevos paradigmas explicativos, de nuevas disciplinas reguladoras, que acaban determinando la imagen del mundo y ejerciendo la más profunda influencia hasta sobre el pensamiento de los hombres más alejados de la teoría y la práctica científicas. Hoy estamos viviendo un tiempo de excepcional riqueza en esta perspectiva. La combinación de la física cuántica, la teoría de la relatividad y la astrofísica, ha hecho estallar nuestras ideas sobre el cosmos y sobre su historia y evolución. El desarrollo de la lingüística, la informática y la neurobiología, está teniendo un impacto profundo sobre la teoría del conocimiento, el lenguaje y las ciencias sociales. Los ejemplos podrían multiplicarse. Sólo menciono éstos, para decir que no ha habido probablemente una época en la que el pensamiento científico haya sido tan fecundo en avances fundamentales que cuestionan aspectos cruciales de la existencia humana, y que nunca se había dado el caso en que esa actividad desbordara, como hoy lo hace, las posibilidades de un solo hombre de dar cuenta de ella, y resulte exigible el esfuerzo colectivo de la Universidad.

- Hace pocos días, conversando con artistas de esta Universidad, me planteaban ellos el tema de la pérdida del sujeto, la disolución del sujeto en las artes contemporáneas, y el reto que ello significa para quienes tenemos a la persona humana como el núcleo insustituible, el sujeto óptico y el objeto de la cultura. Y, de nuevo, en ese aspecto, se imponía el carácter transdisciplinario de la búsqueda, a partir de la identificación del problema.

- El tema de la identidad cultural de América Latina debería requerirnos de modo muy especial. Hacia este fin de siglo, aun a pesar de algunos signos esperanzadores, el porvenir del Continente aparece preñado de incertidumbre. Enorme por el número de sus habitantes, rica en valores culturales, nuestra América se ve sin embargo como un continente enfermo. Su influencia en las grandes decisiones es casi nula, su participación en el comercio mundial, relativamente insignificante, su pobreza, creciente. Frente a un mundo industrializado que se hará cada vez más independiente de las fuentes de materias primas, nuestra América, que ha sido tradicionalmente una de esas fuentes, se está haciendo marginal. Y nuestro atraso científico global nos hace también marginales en el camino del desarrollo material, e inermes frente a cualquier ofensiva intelectual. Y, por lo mismo, el Continente carga con las taras sociales de la marginalidad: no sólo la pobreza, sino la incertidumbre sobre la propia identidad, el escepticismo sobre sus tradiciones, la duda temerosa de su futuro, la oscilación permanente entre el ánimo agresivo y la pasividad resignada. El V Centenario del Descubrimiento y Evangelización, debería ser una ocasión privilegiada para que historiadores, economistas, filósofos, sociólogos, teólogos, antropólogos, reavivaran el estudio de nuestra realidad cultural y restituyeran la Universidad a su condición de responsable esencial en la tarea de pensar sobria, pero creativamente, nuestro futuro. No otra cosa aspiró a ser la Salamanca del

siglo XVI, o nuestra propia humilde Universidad en la primera mitad de este siglo. ¿Podríamos sustraernos nosotros a esa obligación?

- Sólo para no alargarme, no insisto sobre la importancia trascendental que tiene para la Universidad el que se profundice la combinación de la actividad de ciencias básicas y de disciplinas profesionales. Medicina y agronomía con biología; ingeniería con física o matemáticas, p.ej., son actividades cuya recíproca compenetración está llamada a producir los resultados más originales y creativos. Problemas sociales, culturales y médicos complejos, como el alcoholismo y la drogadicción, nos demandan con urgencia.

Todos estos ejemplos apuntan en una sola dirección: que es la de mostrar cómo ya, hoy, en nuestra actividad diaria, convergen aproximaciones filosóficas, científicas y tecnológicas diversas en las áreas de problema que se generan.

Se podrán agregar muchos otros ejemplos de actividades que realmente están en desarrollo entre nosotros, de inquietudes que tienen como rasgo común este de convocar a muchas disciplinas, de dar su verdadera presencia a la teología, a la filosofía y las ciencias del hombre, y promover un cambio cultural profundo que ponga todo el rigor de la ciencia en la línea de los problemas más apremiantes de la existencia humana. Porque la realidad no se atiene a los deseos de los profesores, no clasifica sus preguntas por disciplinas o por temas, sino que nos interpela en aspectos que conciernen directamente al destino humano. Y eso hace que cada una de sus preguntas más profundas rebase el ámbito de cualquier disciplina y pida una respuesta interdisciplinaria o transdisciplinaria. Lo que pretendo al mencionar estos temas, es sólo mostrar algunos de los sitios de avanzada, en los cuales el debate religioso, social, científico y aun político que está ya a nuestras puertas, interpela a la Universidad para que ella genere respuestas en el plano de la cultura. Y lo que pretendo es llamar la atención especialmente de nuestros teólogos y filósofos, de nuestros hombres de ciencias humanas y naturales, de nuestros hombres de derecho, para que busquen los caminos de una acción interdisciplinaria fecunda, partiendo por crear instancias de conversación e intercambio sistemáticos sobre los grandes problemas que emergen hoy día. Sólo así haremos una labor auténticamente universitaria y ayudaremos a revalorizar a las ciencias en la perspectiva del hombre.

En más de algún caso, será útil procurar un refuerzo institucional para estas actividades. La constitución de comisiones interdisciplinarias, y eventualmente de programas interdisciplinarios, ha sido un arma valiosa para abordar algunos casos particularmente complejos de problemas, como han sido los de: medio ambiente, sensores remotos, cálculo numérico. Tenemos que identificar las áreas en las que necesitamos esta clase de sostén institucional, y llevar esos casos al Consejo Superior, para procurar que se les proporcione ese refuerzo.

La docencia

Paralelamente, hemos de pensar en la docencia. Porque si hay una fuerte interpelación que se dirige a nuestro trabajo científico, ella es mucho más categórica en lo que toca a nuestro trabajo de formación de juventud, ya que una sociedad democrática se forja en las aulas donde los hombres aprenden a estimarla y a respetarse mutuamente.

Quiero expresar, primero, mi gran preocupación por la docencia de pregrado. No estoy seguro de que el problema se haya entendido en todas partes en su profundidad. La docencia de pregrado es, básicamente, formativa. Necesitamos, y estoy seguro de que podríamos conseguirlos, pregrados más sencillos, con menos materias y más reflexión, complementados con la introducción decidida de la educación continuada. La cuestión se relaciona inmediatamente con la enorme multiplicidad de vías de admisión a la Universidad. Debo confesar que todavía me asombra el ver la variedad de caminos distintos que las universidades chilenas le ofrecen al postulante a primer año, como si fuera la cosa más natural del mundo pedirle a un alumno de colegio que decida su destino en esa forma. Eso no tiene sentido común. No se puede dejar de pensar que allí lo técnico se ha impuesto a lo humano y lo ha disgregado.

Es alentador ver que numerosas facultades están reestudiando sus currículos. Quisiera ofrecerles todo el apoyo en esta tarea, y urgirlas a buscar soluciones que operen, en plazos breves, dentro de la orientación que les sugiero.

En esa perspectiva, junto a la prioridad de los cursos de materias científicas y profesionales básicas, hay que insistir sobre la prioridad de los cursos de formación general, los que deberían proporcionarles a los estudiantes una apertura hacia zonas de la realidad más amplias. Los temas generales que comprenden, a menudo, asuntos de antropología, filosofía y teología, que son de vital importancia, son percibidos, como tales, por muchos estudiantes, y no debieran encontrar una respuesta tarda y desganada de parte de la institución universitaria.

Creo que ustedes concordarán conmigo en que hay en el pregrado un problema que tiene una dimensión nacional. En los últimos años hemos asistido a un gran aumento en la oferta de instrucción profesional en unas pocas carreras. Y uno se pregunta si lo que el país necesita no es más bien una gran oferta de oportunidades en un régimen de diferenciación progresiva, en el que no se fuerce a los estudiantes a hacer decisiones definitivas antes de que hayan madurado, y en que se satisfaga el legítimo deseo de estudios superiores, pasando por etapas sucesivas y grados intermedios.

Quiero expresar aquí un convencimiento que estoy seguro es también el de ustedes. Ninguna de nuestras acciones educativas tendría interés o importancia,

si no fuera que ella está ordenada a formar ciudadanos profundamente comprometidos con el país, sensibles al llamado de la solidaridad, convencidos, o al menos simpatizantes, del llamado del magisterio de la iglesia, concientes de los males sociales que nos afligen y deseosos de aportar su cuota de esfuerzo a superarlos. Pero esas disposiciones no son una simple cuestión afectiva. Ellas deben emanar de una reflexión intelectual madurada sobre el hombre, sobre el mundo, sobre Dios. Es nuestra obligación abrir esa oportunidad todas las veces y en todas las formas en que podamos hacerlo.

Una reflexión sobre el pregrado sería muy incompleta si no incluyera una mención de los estudiantes de la Universidad, que deberían ser los verdaderos protagonistas de la formación que impartimos. Tenemos la obligación, no sólo de asegurar sus oportunidades de formación intelectual, sino de apoyar su desarrollo, su maduración, el despliegue de sus personalidades, también en el aspecto afectivo y en la práctica cívica de sus organizaciones estudiantiles. Serán colaboradores efectivos de una sociedad democrática, los que hayan encontrado, desde el primer momento en que quisieron ejercer sus derechos, la comprensión y el apoyo de aquellos a quienes espontáneamente se vuelven. Así como el estudio debe ser una escuela de la vocación intelectual, la organización estudiantil debe ser una escuela de la vocación cívica.

Y la Universidad debería ser un sitio espiritual para que generaciones de estudiantes lleguen a incorporar a su modo de ser intelectual, científico, profesional, la fidelidad y el compromiso con la Iglesia de Cristo. Quiéralo o no, el universitario está llamado a ejercer en su vida, alguna forma de liderazgo. El testimonio ilustrado de su fe, la manera según la cual sea capaz de "dar razón de su esperanza", son parte esencial, son el alma, de la contribución que la sociedad espera de él. Apoyemos, entonces, por todos los medios, el esfuerzo dedicado y abnegado de la pastoral universitaria, para que pueda formar verdaderos líderes, hombres capaces de marcar, para sus contemporáneos, rumbos que se hallen en consonancia con el anuncio del Evangelio y con el magisterio de la Iglesia.

Nuestra Universidad no quiere ser una institución abierta solamente a los que tienen importantes recursos económicos. Por el contrario, creemos que la promoción social y cultural de la población es uno de los fines más propios de la enseñanza universitaria. No creo que haya ninguna universidad en el país que haya hecho los esfuerzos que hemos hecho nosotros, en términos de becas de matrícula y otras formas de ayuda; ni que proporcione una educación de tan alta calidad a personas de recursos económicos limitados. Recordemos que la Universidad dedica, de su mermado presupuesto central, la suma de 300 millones de pesos a becas, y que mantiene un eficiente sistema de salud estudiantil, además de otros beneficios, sin contar los esfuerzos que ha desplegado para asegurar una alta tasa de recuperación del Crédito Universitario; todo lo cual se resume diciendo que más del veinte por ciento de nuestros ingresos por aranceles de pre-grado, son cubiertos por crédito o por becas. Hemos recibido, además, la colaboración generosa de otras instituciones, como el Fondo Juan Pablo II. Pero sabemos que eso tiene su límite, y que ese límite se halla muy por debajo de las

necesidades; y sabemos, también, que el problema de los créditos y becas de estudio, es, en último término, un problema nacional, porque no hay ninguna institución que, por sí sola, sea capaz de afrontarlo. No estamos contentos con lo logrado; pero tengo la conciencia tranquila, en el sentido de que hemos hecho y estamos haciendo lo humanamente posible. Por lo mismo, nos resulta dolorosa la repetición reiterada e injusta de cargos en contra de la Universidad, como si ella no quisiera ser fiel a su vocación de institución de educación superior y singularmente a su condición de institución de la Iglesia. Esos cargos envuelven una grave injusticia e intentan causar un daño grave a una institución que puede pedir al menos que se informe verazmente sobre ella.

Educación continuada

El complemento necesario de una formación básica y profesional, como la que estoy esbozando, debería ser un desarrollo muy grande de las actividades de educación continuada. Un porcentaje muy alto de los conocimientos que estamos impartiendo hoy día, serán obsoletos en quince o veinte años más, cuando nuestros estudiantes de primer año se encuentren en plena actividad profesional. Eso es una realidad indesmentible. La única manera que tiene la Universidad de ayudar a superarla, es ir en auxilio de sus ex-alumnos, reabrirles sus aulas, darles nuevas oportunidades de perfeccionamiento que sean compatibles con el mundo del trabajo en el que estarán inmersos. Ese es uno de los objetivos principales del Centro de Extensión.

Postgrados

Los postgrados son, conceptualmente, la culminación, casi la razón de ser de la enseñanza universitaria; y su desarrollo es tal vez la más urgente demanda de una época marcada por la impronta de la ciencia en todas las actividades humanas. Ellos requieren de dos condiciones, de órdenes distintos: un fuerte desarrollo de la investigación, ya que sin ella no hay postgrado que valga la pena; y la generación de sistemas de becas o empleos que les permitan a graduados universitarios dedicarse por años, con tiempo completo, al estudio.

Se nos está ofreciendo una oportunidad nueva y extraordinariamente estimulante, y es la de establecer postgrados o programas de entrenamiento para titulados que tengan alcance regional en América. Nuestra Universidad tiene un grado importante de desarrollo en algunas áreas, y puede ayudar eficazmente a promover el desarrollo profesional e intelectual en otros países de la región, como una vía de promover su integración cultural. Nuestra Universidad se siente requerida por esta necesidad histórica, y llamada a dar pasos decididos en esa dirección de internacionalización de la enseñanza. Programas como los del Instituto de Estudios Urbanos o del Departamento de Economía Agraria, y, más

recientemente, los del Instituto de Economía, de la Escuela de Periodismo con el CELAM , el convenio con la Universidad de Stanford para venida de alumnos de pregrado, así como algunos realizados en ciencias básicas, muestran el valor potencial de esta actividad.

El desarrollo de las humanidades

De la enumeración de problemas científicos que esbozaba hace un momento, se desprende mi convicción de que debemos darle la máxima atención a las humanidades y las ciencias sociales. Ellas deberían estar en la avanzada de nuestra obra cultural. Creo que en muchas partes del país, estas disciplinas han quedado aisladas de los avances de la ciencia, de los cambios en la imagen del mundo, de la complicación tecnológica, de la formación profesional, de todos estos elementos atrayentes e inquietantes que agitan nuestra cultura, y a los cuales ellas debieran aportar un elemento ordenador, para detectar y mostrar los caminos del pensamiento, los criterios de juicio y las normas de acción, que son el lugar propio de la evangelización de la cultura. Las ciencias del hombre están particularmente exigidas en esta hora de la humanidad, y lo están más todavía en una Universidad Católica, para la que es claro que el hombre ha de mantenerse abierto a la trascendencia.

Y a nadie debería extrañarle que exalte la necesidad de que en esa acción creativa se busque un contacto efectivo de las disciplinas humanas con todas las demás. El impulso de conocer es uno solo. El aislamiento de las disciplinas naturales y de las tecnologías respecto de las ciencias humanas, sólo puede llevar a la esterilización de todas.

Rol frente a la sociedad

Quiero terminar este recuento haciendo referencia a una función social de la universidad moderna, que se manifiesta, de hecho, en la nuestra, con mucho vigor. Esta Universidad promueve actividades culturales, educativas y científicas no sólo en diversos puntos del territorio nacional, sino en distintos niveles y dirigidas a estratos educacionales muy diversos: desde alumnos universitarios, hasta alumnos de enseñanza media en condiciones de pobreza, atendidos por la Fundación DUOC; desde cursos regulares de pregrado, hasta los cursos de la tercera edad y la labor formativa de niñas campesinas por la Fundación de Vida Rural. Ella mantiene un Hospital Clínico, que da como la medida justa de eficacia médica en muchos aspectos de la atención de salud en el país. Mantiene su presencia en la cultura física y en la educación correspondiente, a través de un Club Deportivo, que es un caso excepcional y ejemplar en el país. Está presente en el mundo de la cultura de masas y de las comunicaciones, a través de una Corporación de Televisión, cuyo esfuerzo destacado le merece el respeto nacional e internacional. Se esfuerza por hacer presentes actividades culturales de relieve a través de su Centro de Extensión. La Universidad da testimonio así de dos cosas, que son: la complejidad de la promoción moderna de la cultura, y la necesidad de poner en ella un espíritu de superación inagotable. La Universidad

quiere hacer todas esas actividades bien, en forma destacada, no por un espíritu competitivo pueril, sino por respeto a la misión que ella tiene, por respeto a la educación, para mostrarle a todo Chile que los valores culturales valen la pena de los más denodados esfuerzos.

Las condicionantes

Los desafíos que he esbozado configuran una tarea incitante y gigantesca, con el fin de responder a la interpelación de los tiempos. Pero esta respuesta puede llegar a ser absolutamente trivial y vacía, si no encaramos acertadamente el desafío que nos plantea nuestra vida como institución. Para cumplir y educar bien a muchísimos alumnos y cooperar en la promoción social y cultural de la juventud; para desarrollar una actividad científica creativa e intensa; para remunerar dignamente a nuestro personal académico y administrativo; para afrontar un sinnúmero de obligaciones institucionales, cuyo cumplimiento le permite a la Universidad marcar niveles y rumbos culturales en el país, tenemos que partir por reconocer que eso tiene un gran costo, que supone un esfuerzo económico y financiero de grandes proporciones, y que exige un trabajo de organización inteligente y dedicado, el cual reclama la participación de todos.

Perdónenme si entro derechamente en el más serio de los problemas que entran nuestro desarrollo académico.

Hay que decirlo claramente, porque este es un gran desafío del momento. Necesitamos lograr que nuestros presupuestos operacionales sean equilibrados. Un déficit operacional crónico es la ruina de toda actividad universitaria, y el peor enemigo de la tranquilidad y de la creatividad de cada uno de los miembros de la Universidad.

¿Qué significa esto, en la práctica? Nuestros ingresos operacionales están constituidos, fundamentalmente, por los aportes fiscales y por los ingresos por matrícula. Los egresos operacionales, son: las remuneraciones, los gastos corrientes, los beneficios estudiantiles y los fondos como bibliotecas, desarrollo de la docencia, etc. No podemos seguir cubriendo egresos operacionales con ingresos que no lo son, como ser los de la Corporación de Televisión. Tenemos que cambiar esa situación, y cambiarla ahora.

¿Qué podemos hacer sobre nuestros ingresos?

En cuanto al aporte fiscal, esperamos que él se fije con arreglo a políticas estables, que se ponga freno a su disminución progresiva y que desaparezcan los cambios bruscos y dañinos que hemos debido sufrir últimamente. Sin embargo, tenemos que tener claro, que en vista de las urgencias sociales no sería realista esperar que los aportes fiscales crezcan hasta permitirnos superar nuestro déficit.

Los ingresos por matrícula pueden aumentar, por dos vías: Una de ellas, es aumentar el número de estudiantes, tarea que nos parece prioritaria, y a cuyo estudio y planeamiento estamos abocados. La segunda vía, es el incremento real del valor de las matrículas para los alumnos que ingresan por primera vez a la Universidad. Los inconvenientes que esto tiene son demasiado obvios, pero no creo que en los próximos tres años lo podamos evitar. Es indispensable que estudiemos un aumento programado del valor de las matrículas para los años que vienen.

No es mucho más lo que podemos hacer, por la vía de aumentar nuestros ingresos operacionales. Miremos entonces a nuestros egresos: ¿qué podemos hacer para disminuirlos? La Universidad no puede renunciar, salvo caso de fuerza mayor, a mantener el valor real de las remuneraciones, reajustándolas por IPC. Entonces, no nos queda prácticamente otro recurso que el de no llenar los cargos vacantes, y si ello no fuera suficiente, estudiar el término de algunas actividades que no sean absolutamente indispensables, y, finalmente, si no quedara otro recurso, ir a una readecuación de la planta académica.

Si se combinan los dos efectos, el de aumentar los ingresos por matrícula y el de disminuir los egresos operacionales de modo significativo, y tenemos una política de aportes fiscales que sea equitativa, podremos generar los recursos que son indispensables, tanto para ir en ayuda de sectores postergados, como para fomentar el crecimiento universitario en áreas cuidadosamente seleccionadas, ya que si se cierran todos los caminos de redistribución y desarrollo, la Universidad se estanca y puede dañarse en forma irreversible.

Una política como ésta, permitirá entonces utilizar los recursos no operacionales de la Universidad para las indispensables inversiones y para disminuir su endeudamiento, evitando así el pago de altos intereses, que gravan fuertemente nuestro presupuesto, y nos sustraerá al grave peligro de hacer descansar nuestra operación presupuestaria sobre ingresos que no son seguros en el tiempo.

A estas medidas generales se pueden agregar muchas otras de ajuste y ahorro selectivo, ya que es posible que mejoras en la organización, disminución en gastos centrales, etc., aumenten nuestro rendimiento y contribuyan a reducir nuestro déficit.

Como ustedes saben, una parte muy importante del trabajo universitario no corresponde al presupuesto central al que me he estado refiriendo, sino al de fondos descentralizados, también llamados fondos propios. Este gran esfuerzo de la Universidad debe redoblarse en estos años. Buscamos asociarnos en trabajos diversos con empresas y con el sector público, y exploramos activamente las fuentes de ayuda internacional. Vemos estas actividades, no sólo como generadoras de ingresos, sino como originadoras de un trabajo universitario estrechamente ligado a la sociedad. Pero somos conscientes de que también tiene sus limitaciones, ante los cuales debemos estar siempre alerta: una búsqueda

desordenada de fondos propios puede llevar a sacrificar el rigor e independencia del trabajo académico, y sabemos, entonces, que tenemos que manejarla siempre con cautela, y reestudiar constantemente las modalidades en que la ejercemos. Es responsabilidad muy especial de las unidades académicas, la de ir evaluando los resultados académicos y económicos de su política de fondos propios, de modo de optimizar aquello que es esencial del trabajo universitario.

Si tenemos el coraje de adoptar el esforzado camino que propongo, creo que podremos repetir aquella empresa de la que hoy nos sentimos justamente orgullosos, porque nuestra Casa acaba de atravesar un período de la vida universitaria nacional que ha sido muy difícil, convulsionado y económicamente estrecho, y sin haber recibido ayudas especiales o preferenciales, ha emergido de él con más pujanza que nunca, ofreciéndoles a millares de jóvenes una educación de alta calidad, y a muchísimos maestros una oportunidad de trabajo intelectual, creativo, dedicado y exigente. Eso fue posible gracias a la cohesión institucional, al espíritu de entrega y a la consagración de muchos esfuerzos individuales a una tarea superior y común. Creo que somos capaces de hacerlo de nuevo y que tenemos que hacerlo de nuevo.

Quiero, y pido, la participación de todos. A veces se oye decir que falta la información, que faltan las vías de comunicación, los modos y maneras de hacer efectivas las interacciones sociales en nuestra Universidad. Pero, al mismo tiempo, vemos que muchos de los canales disponibles no se utilizan, que muchas veces los consejos u organismos establecidos no funcionan, que los derechos que existen no se ejercen. Quiero insistir en que la participación en la vida institucional es un derecho y una obligación de todos: cada uno en la medida de sus capacidades y su estado, conforme a nuestros estatutos y reglamentos. La Dirección de la Universidad debe hacer todo lo posible para hacer expedita la comunicación y la información al interior de la universidad.

Me parece que al hablar de estos temas institucionales, no puedo dejar fuera el asunto del futuro de las Sedes Regionales. La respuesta reciente de la Santa Sede a consultas formuladas desde Chile, nos permite abrigar la esperanza de que las Sedes vayan transformándose en un conjunto de universidades católicas regionales, que puedan expresar debidamente la riqueza que históricamente han mostrado las regiones en Chile en materia de educación superior, sin estar encerradas por las exigencias de un centralismo, que, por muy buena voluntad que se ponga, es siempre limitante.

¿Quién nos interpela?

He hablado de requerimiento, de interpelación de la historia. Pero nosotros sabemos cuál es la voz que nos interpela, en verdad, a través de los

acontecimientos históricos. Es la interpelación del mismo Dios, la que nos está llamando a ser dignos operarios del campo en el que nos ha puesto a trabajar.

Eso es lo que nos anima a la primera y más urgente de nuestras obligaciones, aquella que nos posibilita para hacerle frente a todas las demás, y que se resume en las palabras con las que inauguró Juan Pablo II su pontificado: "Non abbiate paura"...No tengáis miedo". En nuestro caso, no tengáis miedo de buscar y proclamar el sentido cristiano de vuestro trabajo universitario.

El mundo de hoy tiene hambre de sentido. Cuando nos conmueven los grandes sobresaltos históricos, cuando flaquean los regímenes políticos más poderosos, cuando cambia el destino de naciones movidas por el ansia de libertad, cuando caen muros reputados impasables, cuando las sonrisas parecen más poderosas que las armas, no podríamos creer ni aceptar que tales atisbos de un mundo mejor carecen de valor intrínseco o que son meros accidentes en la deriva de la historia. Por el contrario, creemos que el hacer y el sufrir de los hombres tienen un sentido.

Es claro que ser cristianos no significa que podamos ahorrarnos el trabajo que demanda la búsqueda de un sentido para la historia de nuestra época. Pero sabemos que tenemos una luz especial que nos ayuda a encontrarlo.

Una sociedad pluralista estaría mutilada si no tuviera quien le aportara el espejo cristiano a su cultura. Hay un derecho de los hombres a recibir lo que nosotros deberíamos entregar.

"No tengáis miedo", nos dice el Papa, lo que es como decirnos: están lejos los días en que pudimos creer que para llegar a todos los hombres nos convenía disimular y aun borrar lo distintivo de nuestro carácter cristiano, y en que podíamos imaginar que en eso consistía el pluralismo ¿Cómo se podría dar el pluralismo si nosotros empezáramos por desconocer nuestro derecho a ser integralmente lo que somos? Si nos negamos a nosotros ese derecho ¿en virtud de qué razón podríamos concedérselo a otros? En último término, tendríamos que renunciar todos a lo propio, y vivir de valores prestados, en una especie de penumbra espiritual. No es eso lo que queremos. Somos conscientes de que podemos aportar algo, y algo tan valioso que pasa por encima de nuestra fragilidad y nuestra impotencia y tiene, en sí, la fuerza de transformar el mundo y remover las raíces de la cultura.

Desde nuestra propia identidad católica, nos dirigimos a todos los actores sociales, tanto privados como públicos, desde los más modestos hasta el propio Gobierno de la República, para ofrecerles toda la colaboración y comprensión posibles en todas las iniciativas de bien público en que pudiéramos participar.

16

Así cumpliremos el llamado que nos formuló el Papa en esta misma Casa: "...la Iglesia en esta hora cargada de responsabilidades os acompaña en vuestra ineludible misión de servir sin descanso al hombre chileno...os alienta a profundizar en las raíces de la cultura chilena...evitando la tentación de aislamiento respecto de la vida real y los problemas del pueblo...En el pueblo que conserva de modo notable la memoria del pasado y está expuesto en forma directa a las transformaciones del presente, vosotros podéis encontrar las raíces de aquellas peculiaridades que hacen de la vuestra una cultura que tiene rasgos comunes con las de otras naciones del mundo latinoamericano, una cultura chilena, cristiana y católica, una cultura noble y original..."